

Al finalizar la Asamblea General

ENRAIZADAS HOY EN UN ORIGEN CARISMÁTICO DE AYER, EL DE MARIA ANA

La Congregación, todas las hermanas que en este momento la formamos, nos sentimos abrazadas por una larga historia de mujeres profundamente creyentes y fraternas. En comunión con todas ellas, las que nos han precedido y hoy nosotras, tenemos en común, el habernos sentido atraídas por la corriente de vida iniciada por María Ana Mogas que bebe en la fuente del Evangelio. Conocemos la Palabra evangélica destacada en ella con un acento propio, peculiar, definido, con sus claves, un regalo de Dios para la Iglesia y para el mundo, es decir SU CARISMA, su don, que trasciende tiempo y espacio: Nombramos algunos acentos:

- Centrada en la Primacía de Dios “con los ojos fijos en el Señor”
- Hijas de Dios
- Fraternal, Hermanas de todos y de todo
- En Misión: ser hermanas
- “Caridad verdadera” “Amor y Sacrificio”
- En Pobreza y minoridad “A los pobres no les hagáis esperar”
- ...

Su fuerza carismática sigue aconteciendo en nuestro aquí y ahora, en cada hermana y en cada comunidad, en nuestra familia carismática... Por ello resuena en nuestros oídos la urgencia a “...formar y acompañar comunidades mensajeras de la alegría del Evangelio y servidoras de los preferidos del Señor (pobres, enfermos, pequeños, excluidos...) como expresábamos en nuestro Capítulo en 2017.

Y un paso más, el XXI Capítulo General nos lanzaba un gran desafío invitándonos a vivir el presente, haciéndonos cargo de nuestra realidad.

Fruto de esa actitud de escucha, contemplación y responsabilidad ante la misma, concluíamos con la necesidad de “la reestructuración de la Congregación “que facilite el gobierno y la formación, la animación de nuestra vida y misión...”.

Han transcurrido ya cuatro años desde entonces, y junto a un cambio de estructuras, acogemos la urgencia de un cambio de actitudes, un cambio de mente y corazón con toda la comunidad eclesial: “Ser “Odres nuevos para el Vino nuevo”.

Nuestra Asamblea lo reafirma hoy con la misma intensidad y convicción desde una actitud esperanzada

“El Espíritu transformará nuestros odres”

Han cambiado muchas cosas en estos últimos tiempos, un nuevo escenario mundial, un nuevo lugar teológico en el que nuestro Dios Padre/Madre sale a nuestro encuentro. Y al contemplar nuestro mundo, herido de dolor y muerte a causa de la pandemia, nos sentimos atravesadas en nuestro ser más íntimo y fraterno por ese dolor, y a la vez urgidas a vivir con mayor radicalidad y misericordia nuestra vocación de Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor (FMMDP).

Vivimos un tiempo de kairós, a nivel mundial, eclesial y congregacional en el que queremos encarnar la esencia del carisma regalado al mundo, Casa común, lugar en el que hemos de transparentar el Amor de Dios.

Somos **comunidades de** discípulas y seguidoras de Jesús, conscientes de la debilidad actual de nuestros odres en reducción, conocemos sus diversas caras y nos duele, es momento de disminución y debilidad, lo sabemos bien. Pero sabemos también que “en la debilidad se pone de manifiesto la fuerza de Dios” que la dificultad es oportunidad de transformación. Por eso nuestra confianza y ánimo para afirmar que **éste es un tiempo nuevo y sacramental, un tiempo de gracia para el Instituto.**

No somos líderes poderosas, sino mujeres fecundas desde la pequeñez, queremos ser hermanas pobres que agudizan el oído del corazón, para escuchar y acoger voces diversas, que captan semillas de Reino en tantos gestos solidarios y comprometidos, al mismo paso y en clave de igualdad y humildad con otros hombres y mujeres, como testigos de Evangelio.

Nuestros odres no son impermeables e indiferentes a la realidad que afecta a nuestra casa común. Conocemos la brecha de pobreza, la guerra e inmigración que crecen inexorablemente, es decir, la enfermedad y la muerte se nos hacen compañeras de camino, en tantos hermanos/as de comunidad y de nuestros entornos...

Esta humanidad clama por una fraternidad de hermanas compasivas, con entrañas de misericordia, con “Caridad verdadera” seguidoras del Maestro al que nada de lo humano le es ajeno.

Desde esta óptica queremos mirar contemplativamente nuestro ODRE personal para que sea transformado en un ODRE NUEVO que contiene y destila el VINO NUEVO en toda su pureza.

HOY, en nuestra Asamblea, resuena elocuentemente la Palabra “**¡A vino nuevo, odres nuevos!**” (Mt 9, 17) invitándonos a la conversión y transformación. Ya no vale lo antiguo.

“El Espíritu transformará nuestros odres” para que acojan y contengan el **vino nuevo**, más auténtico, más sabroso y alegre, más feliz y festivo.

Para ello nuestro Odre personal necesita SER CUIDADO, uno de los “signos de nuestro tiempo”, el cuidado. Ésa es nuestra tarea en lo cotidiano.

Con María, Divina Pastora, Mujer y Madre seguimos en este itinerario de escucha de lo que Él, Jesús, nos dice para así continuar celebrando la fiesta del Reino